

La ballena metálica

I

Las bombillas, esas luciérnagas pegadas al techo, apagaban y encendían su filamento. El calor con sus lenguas de fuego los abrasaba esa noche. Cada segundo respiraba olor a muerte. El oxígeno se extinguía. Los lamentos cada vez eran más fuertes. Los migrantes parecían un enjambre intranquilo, encerrados en un panal con la piquera tapada. Unos intentaban abrir las puertas; otros, golpeaban las paredes con manos y pies. Por desgracia, el motor del aire acondicionado no se encendía. Yo tuve la esperanza de que el cortocircuito no fundiera el sistema de ventilación; sin embargo, ya no volvió a encenderse. «Podríamos morir asfixiados por la aglomeración», pensé; por eso, busqué la manera de abrir las puertas.

—Tranquilos, guarden la calma —les aconsejé con voz entrecortada.

—Moriremos todos —gritó alguien.

Mi intento de calmarlos fracasó, no supe qué más decir. Sin mostrar pánico, súbitamente volví la mirada atrás al escuchar a una señora que abrazaba a su hija. Ella le juraba que no le pasaría algo malo. La niña buscaba enloquecida el oxígeno, quejándose como pez que saca su boca fuera del agua. A mi lado, un señor cayó sin poner sus manos para amortiguar el impacto. Un grupo frente a las puertas no logró abrirlas. Nadie podía minimizar el sufrimiento del prójimo.

Algunos se quitaron la camisa para calmar el inclemente calor que lamía la piel con su lengua carrasposa, arrancándonos la calma. Maldiciones y lamentos, súplicas y lágrimas, gritos y oraciones se trenzaban formando un clamor indescriptible. Las bombillas incandescentes se resistían a cerrar sus párpados para siempre. En uno de estos destellos, Blas, en vez de alocarse igual que los otros, se acurrucaba en una de las esquinas. Luego, juntaba sus palmas, dejando por medio un librito azul, y se dispuso a orar. Él, desde que se unió al grupo había permanecido callado, quizá por estar arrepentido de realizar el peligroso viaje o, simplemente, pensaba en su familia. Para charlar, yo le había preguntado su nombre y otras cuestiones, sin embargo, fue discreto.

—¿Alguien tiene agua? —pregunté y nadie contestó—. ¡Por favor!, la niña tiene sed. La huerca, aferrada a su madre, lloraban amargamente. Busqué algo líquido dentro de mi mochila para darle. Después de esculcarla unos segundos, encontré una lata de sardinas, la destapé con el abrefácil y se la di. Ella se bebió el caldo... No guardé agua porque el pollero se negó a darnos provisiones por tratarse de un viaje de pocas horas. En mi garganta un desierto expandiéndose deseaba ser sofocado con una gota de agua. Sin embargo, había preferido aliviarle el martirio a esta niña. Traté de distraerme para olvidar la sed. Sin resignarme, intentaba encontrar la forma de salir del encierro. De repente, recordé algo que reanimó mis esperanzas de escapar vivo del furgón: la imagen borrosa de una varilla de metal cruzó por mi mente. No podía perder más tiempo, así que a tientas dispuse buscarla en la oscuridad. Juro que la había visto cuando entré

al contenedor. No sé por qué la ignoré en ese momento; pensé guardarla, aunque no lo hice. Confié en que nada malo nos sucedería, aunque lo presentí.

La gente desesperada se movía por doquier. En esa alocada agonía, apachurraban mis dedos con sus pisadas sin importarles nada. Yo solo atinaba a soplármelos para calmarme el dolor. Debía encontrar el hierro. «Tiene que estar por aquí», me decía. Mis manos arrastrándose por el piso, siguieron buscándolo.

—Perdóname, Padre Santo, desobedecí tu mandato. —Escuché que Blas balbució, melancólico. Giré la cabeza en señal negativa. Por mi ateísmo, pensé que él debería buscar una manera cómo salir del encierro y no estar perdiendo el tiempo en orarle a un dios que, para mí, era imaginario. Sacudí con la mano derecha el sudor que empapaba mi rostro. Respiré profundo y seguí buscando la varilla.

Por culpa de la deportación, me había metido en este «microondas» que calcinaba mi piel. Las palabras del juez de migración fueron claras y desgarradoras; me condenaron estar fuera de Estados Unidos por diez años consecutivos y si regresaba ilegalmente en el lapso estipulado, cumpliría una condena de varios años en la cárcel por desacato. De nada sirvió pagar los impuestos, respetar las leyes, trabajar duro, y sacar adelante a mi familia. La captura en mi récord por querer, por primera vez, entrar al país fue el detonante: me deportaron solo con la ropa que vestía. El calor sofocante interrumpió mi remembranza. En la búsqueda, toqué un cuerpo caliente sobre su propio vómito. Le busqué el pulso y apenas palpitaba su corazón. Le desabotoné la camisa y

procedí a darle reanimación cardiopulmonar; no lo conseguí. La impotencia me afligió bastante.

—¡Ayúdenme por favor! —grité, nadie lo hizo. Ni siquiera Blas, a pesar de ser un cristiano. Al fondo del furgón, un señor también pedía auxilio. Otros pedían aire. Y de pronto como poniéndose de acuerdo, escuché a la mayoría implorando por un poco de agua. En el recorrido, el camión se había detenido una vez, nadie hizo ruido, pensábamos que era una revisión rutinaria o algo parecido. Y todos queríamos llegar al destino final. Por desgracia, el motor del aire acondicionado falló minutos más tarde. De haberlo predicho habríamos golpeado fuerte las paredes para alertar a la policía o a los agentes de migración, y ellos nos hubiesen liberado del infierno que vivimos aquel sábado. Pero, ¿cómo diablos íbamos a saber que después de unos minutos sucedería esta desgracia?

El calor me deshidratava y la desesperación se enrollaba a mi cuello para engullirme. Encontrar el hierro era un caso de vida o muerte. Abandoné al hombre a su suerte, y a gatas, casi arrastrándome, seguí buscando el pedazo metálico. De pronto, un joven tropezó conmigo y cayó al piso de madera. Entre sollozos y gritos, Blas oraba con mucho fervor en la esquina. Me abstuve de reclamarle porque quise respetar su derecho a creer en lo que él quisiera, yo solo quería encontrar el mentado hierro. La alta temperatura me sofocaba a más no poder, aunque yo estaba acostumbrado a soportar el inclemente sol en el trabajo de construcción, en ese momento, deseaba un vaso de agua o una cerveza fría para saciar esta endemoniada sed. Ahí, a gatas, me estremeció el miedo similar al que experimenté cuando la migra llegó a la empresa en donde trabajaba y pidió los

papeles de identificación. Sin más, nos capturó peor que a criminales, a los trabajadores indocumentados. Pensé en huir y esconderme; intuí que me buscarían hasta debajo de las piedras. Enfrentar la realidad era la única solución. Por carecer de la documentación respectiva, un oficial me arrestó junto a otros de mis compañeros. Mi esposa dijo que lucharía, liberarme y pelear el caso fue su meta. Me consta, ella hizo lo posible: se buscó otro trabajo, sostuvo el hogar, alimentó a nuestros hijos y cubrió los elevados costos de un abogado que, por todos los medios, trató de frenar la inminente deportación. ¿Qué más debió hacer ella? Yo era también el soporte de ellos. Mi expulsión del país, les rompió el corazón en dos mundos a mis tres hijos. En la despedida, ellos aferrándose a mis brazos como el musgo enraizado a las ramas mientras el aire trata de separarlo, lloraron desconsolados. «¡Te amo, Wences!», fue la última frase de mi esposa al teléfono. Fue cruel esa separación forzada. Les prometí regresar pronto. Hacía más de un mes que fue nuestra despedida, y hoy trato de volver junto a ellos.

—¿Alguien vio una varilla de hierro? Ayúdenme a buscarla. ¿Alguien la vio, por favor díganmelo? —les pregunté con la esperanza de recibir respuesta positiva.

—¡Ayuden a mi hijo, está muriendo! ¡Auxilio, ya no respira! ¡Por favor! — El llanto amargo hizo eco.

¿Y si el hierro no es real? Quizá fue mi imaginación. Dudé por un instante de su existencia. Rebusqué entre los recovecos de la mente y concluí que sí lo había visto en algún lado del piso. No recordaba, ¿dónde? Los migrantes descontrolados se movían por doquier. Entre cadáveres y moribundos, me

arrastraba buscando la varilla metálica como alguien que busca las llaves de su casa y olvida dónde las ha dejado. Algunos golpeaban con sus palmas las paredes y le gritaban al chófer que detuviese el camión; las trompetas sonaron varias veces; yo pensé que había oído los golpes. En suspenso, esperé un momento. Nada detuvo al «camión de la muerte» que acelerando zigzagueó en marcha; la inercia nos arrastró a la salida, nosotros tratábamos de agarrarnos de algo sin éxito. Una sensación de arrastre similar a esta experimenté al separarme de mis hijos, aunque mis padres llorarían de felicidad mezclados con tristeza por mi retorno. La tarde que me recibieron en el aeropuerto de México, casi les quebré sus huesos con abrazos. Mi madre me preguntó: «¿Estoy soñando, despiértente?». Mi papá sollozaba a mi lado. Fue un reencuentro muy emotivo. No podía creerlo, después de más de catorce años, volví a abrazarlos. Mi jefito conservaba todavía mis herramientas agrícolas y mi jefa, algunos zapatos rotos y ropa remendada con parches de diferentes colores. Mis carnales se alegraron bastante. Esto, sinceramente me alegró, aunque extrañaba a mis hijos y debía volver a Houston, otra vez. De cualquier manera, regresaría.

Oí que Blas repetía el primer versículo del Salmo 23.

Las bombillas volvieron a parpadear. Miré rápido por doquiera y, afortunadamente, el hierro brillaba, para mí era como un lingote de oro sobre el piso, cerca de unos zapatos abandonados. Me dirigí hacia la barrilla, la tomé tan fuerte como al mendrugo que un desamparado encuentra entre la basura. Grité de alegría, grité tan fuerte que hasta el aire acondicionado se encendió otra vez. Inhalé una bocanada de oxígeno. Lamentablemente, fue un falso contacto porque

se apagó igual que mis esperanzas y las luces. Esto me indicó que yo debía actuar rápido si anhelaba salir vivo de esta odisea. Sospeché que las fuerzas podrían traicionarme tarde o temprano.

—¡Dios, por tu inmensa misericordia, sácanos de aquí! —La madre de los dos niños oraba en voz alta con jadeo tétrico—. Confiamos en tu divina misericordia.

Estuve a punto de gritarle que la fe es una falacia. Desistí con justa razón porque ella se puso a llorar; su hijita temblaba y le pedían que les diera de tomar agua. Si eso les avivaba la esperanza —me dije—. ¿Quién soy para arrebatar lo único que les quedaba?

—Por favor, ¿alguien tiene un poco de agua? Se los imploro. Los niños están muriendo —grité, buscando con la mirada.

En la penumbra apareció una joven sujetando un envase y me lo dio. Inmediatamente, extendí y dejé que primero tomara la niña y luego la madre, empero una mano intentó arrebatarme el recipiente. Lo agarré fuerte y, en ese momento, mil manos lo jalaron con fuerza, logrando arrebátármelo. Un golpe en la cara, ese puñetazo me desubicó por un instante. La pelea por el agua siguió entre la aglomeración, eran como buitres despedazando un cadáver... Con una mejilla golpeada me arrodillé junto a la pared y no sé de dónde saqué fuerzas para romper la madera con la punta del hierro. El oxígeno ya se agotaba y mis pulmones lo padecían. Por mi edad y los entrenamientos en un gimnasio de

Houston anterior a mi deportación, este intenso calor aún no me doblegaba: una y otra vez, intentaba clavar en la pared esa «espina metálica».

En la génesis del calvario, intenté llamar al número de emergencia con el teléfono celular que había escondido en mi mochila, para mi desgracia saqué la batería sin carga. A pesar de eso, ya sujetaba lo que podría salvarnos la vida. Deduje que, de la misma manera, Blas se aferraba a su librito. Decidido, seguí ejecutando mi plan: golpes y más golpes continué dándole a las costillas de madera que fueron cediendo a las laceraciones. Debía insistir en abrir un agujero, pues deseaba volver a abrazar a mis hijos y esposa. Es inhumano morir en estas condiciones por querer reunirse con los seres amados. Estaba convencido de luchar hasta morir, la muerte era la única que podría detenerme.

Por miedo al castigo que enfrentaría si me agarraban de nuevo en la frontera intentando cruzarla, busqué una manera más segura. Y viajar en el furgón fue lo mejor para no ser detenido por agentes de la migra. Era indispensable pasar «la línea» sin ser descubierto, de lo contrario podría ser condenado a varios años en la cárcel y ser deportado otra vez. Al precio que sea quería evadir esto. ¿Qué harían mis hijos sin mí? ¿Qué haría yo sin ellos? Mi familia era el motivo de sobrevivir a esta «cárcel infernal».

Un sonido expandiéndose en el oído, me causaba somnolencia y yedras de sangre brotaban de las heridas provocadas por el hierro en mis manos; no podían desistir porque ya había agujerado la madera. Una ansiedad mortal se apoderó de mí: golpeé con menor ímpetu por la debilidad. Luego, una fuerza sobrenatural apoderándose de mi voluntad, me quemaba. «Es la adrenalina», me

dije. La sangre hervía y mi cuerpo era una fogata. Entré en la fase del delirio incontrolable. La euforia clavaba su aguijón por toda mi piel. Únicamente necesitaba un poco de aire, un poco...

El pollero había prometido que en menos de cinco horas llegaríamos sin problemas a San Antonio. El viaje era seguro —según él—; simplemente yo pagaría la elevada cuota y ellos se encargarían de llevarme al destino, a salvo del cártel de los Zetas y del peligro que conllevaba pasar por el desierto mortal. La primera vez que intenté pasar hace muchos años, lo hice por Arizona: tuve mala suerte, fui capturado por la Patrulla Fronteriza y, posteriormente de registrar mis huellas digitales en su base de datos, fui deportado sin preámbulos. La segunda, me llevó tres noches (y dos días) para cruzar el desierto. En esa ocasión, por poco pierdo la vida a causa de la deshidratación al terminársenos el agua, aunados con el miedo y cansancio. Para evitar el riesgo de que la migra podría pescarme de nuevo o morir en el desierto por insolación, analicé los beneficios y las desventajas, y decidí aceptar esta oferta de cruzar por Laredo, Texas.

Blas gritó el cuarto versículo del Salmo 23.

Desesperado, un joven desnudo corría y yo nunca imaginé que imploraría: «Dios dame fuerza para romper el metal, quiero volver a mirar a mis hijos». Instantáneamente, algo divino me suministraba de energía. Era una especie de anestesia que me permitía golpear más fuerte con la barra contra esa estructura metálica. Los golpes hacían eco ensordecedor. Entonces, la mayoría le clamaba a Dios. Con el hierro ensangrentado, seguí tratando de abrir el agujero. Poco a poco, cedió esa lámina. Seguí dando más golpes; los lamentos trezándose, se

hacían más estridentes. Los moribundos pataleaban. Invadió mi mente la aseveración «para Dios no hay nada imposible». Continué, la sangre caía al piso, manchaba la pared y se mezclaba con mi ropa sudada. Y por fin, la punta del hierro atravesó el metal, por el orificio entró el oxígeno con una ramita de olivo en su pico. Inundó el interior. Lo había logrado. El aire entraba caliente. Sin pensarlo tanto, con el hierro intenté agrandar el orificio. Perdí mi fuente de energía y caí, agotado. Me aferré a la varilla metálica, el aire inundaba mis pulmones; frente al orificio, se armó un caos entre los que desesperados respiraban de la fuente de aire.

Cada segundo el clamor disminuía. Pasados no sé cuánto minutos semiconsciente, el camión giró bruscamente enviándonos a un lado: yo me estrellé contra la pared; aminoró la velocidad y frenó de un solo golpe. Las válvulas de escape liberaron la presión del aire. Por fin se detuvo, mi reacción fue sentarme y buscar a Blas y ya no lo ubiqué, seguramente yacía sobre el piso como un árbol derribado por el viento, entre los cadáveres y moribundos. Obligado por la debilidad, caí de espalda. Los cercanos a la puerta se pararon y la golpeaban frenéticos. Los más retirados, arrastrándose, buscaban la salida y gritaban pidiendo auxilio. Lentamente, el bullicio fue silenciándose; cerré los párpados y recordé a mi familia. Ahí, agonizando, reflexioné sobre las veces que por orgullo evité abrirle mi corazón a Jesucristo. A pesar de esto, aún era la oportunidad de creer en Dios y aceptar a su Unigénito como el único y verdadero Salvador. Un gozo nunca antes sentido me llenaba de paz. Yo, bocarriba, resignado al destino incierto, gritaba alabanzas. Esperaba que las puertas se abrieran como Dios

dividió las aguas cuando Moisés alzó su vara frente al mar Rojo, y pudiésemos salir de allí como murciélagos espantados al escaparse de su gruta...

II

Llantos, clamores y maldiciones hacían eco en ese espacio cerrado. Las bombillas seguían bostezando. Los lamentos eran decapitados por el llanto. Exactamente no sé cuántos estábamos allí. La desesperación era indescriptible. Eso me hizo reflexionar: toda mi vida he trabajado en la finca y, por lo tanto, he aguantado el sol de muchos veranos. Aunque la agricultura me había hecho resistente al inclemente calor, mi piel como si ardía en una lumbre. Yo ansiaba saciar mi sed, bastaba una gota de agua; abría mi boca pegajosa. Desistí rogarle a nuestro Dios de la misma manera que el rico le pidió al Padre Abraham que enviara a Lázaro con la punta de su dedo humedecido para refrescarle la lengua, porque yo le había desobedecido.

La ballena metálica seguía su marcha por el mar de asfalto. El aire chocaba contra las paredes exteriores provocando un ruido similar al roce del agua. Era un furgón nadando en el océano. El delirio creaba espejismos: por ratos el interior del furgón era el estómago de un cetáceo y en donde, el calor como el jugo, me quemaba la piel. Quería pensar positivo, fue imposible. En este lapso de sufrimiento, quise regresar el tiempo. Ni siquiera sospeché que nos sucedería esto al abordarlo. Esa tarde, dejé tragarme por el «gran pez metálico». En su interior, ignoraba qué hacer o decir. Fue una experiencia diferente. Solamente me senté, al fondo, junto a los demás inmigrantes. Durante la tarde, llegaron grupos de siete, nueve o doce personas y se apilaron ahí. Tres hombres nos custodiaban con armas de grueso calibre.

—¿A qué Estado te diriges?

—No puedo pronunciar su nombre, es en inglés.

— ¡Inténtalo!, no te preocupes por la pronunciación correcta.

—A Masa... Masashu, Masachuset, algo así...

—¡Oh! A Massachusetts. Mi nombre es Wences, ¿y el tuyo?

—Blas

— ¿De qué parte de México, vienes?

Me abstuve de seguir platicando con Wences por miedo y precaución. Escuché la última pregunta y guardé silencio para ocultarle mi patria. Wences se acariciaba la barbilla, rascaba su cabeza, revisaba sus pertenencias y tronaba sus dedos. Yo, absorto, trataba de imaginar cómo sería el país gringo del otro lado del río Bravo: En qué trabajaría, Dónde dormiría. Y, si jamás aprendería el idioma inglés, ¿Qué haría? Muchas preguntas sin respuestas giraban en mi mente. Dentro del furgón, entre la gente, una madre aconsejaba a su hija, una joven embarazada acariciaba su abdomen y un anciano dormía sobre el piso, apoyando la cabeza sobre su maleta que hacía las veces de almohada. «Nunca es tarde para emigrar», me dije.

—Muchacha, ¿A qué Estado vas? —le preguntó una señora a la joven encinta.

—A Denver, Colorado.

—¿Quién vive allá? —Mi mamá y mi hermano mayor.

—¿Cuántos meses tienes, unos ocho? —añadió sin darle tregua.

—Según mis cuentas, unos seis. Quizá siete.

—¿Y el padre...?

—Seré madre soltera; por eso, he decidido...

«¡Buenas noches! ¿Cómo están? Soy Mr. Smith —indicó un señor—; yo los llevaré hasta San Antonio... Confíen en mí. En cuestión de horas estaremos allá. No se preocupen, el container está equipado con ventilación, así que tranquilos, no los estafaré, soy diferente a otros polleros. Solo esperaremos a un grupo más y nos iremos. Ya casi estamos listos, prepárense para partir».

El que sería el chofer interrumpió la conversación desde afuera del furgón. Yo me acurruqué en una de las esquinas y fingí dormir. Minutos más tarde, los hombres armados cerraron las puertas; quizá se cansaron de esperar o les avisaron que ya no llegaría otro grupo.

Mi alegría brotaba de su capullo a través de un pequeño orificio, el camión inició el trayecto. ¿Cómo íbamos a saber que después de unas horas estaríamos a punto de morir asfixiados? De haber sabido, jamás me hubiese metido al furgón. En este instante, de nada servían los lamentos. El clamor era más fuerte. Wences intentaba tranquilizar al grupo. El zompopero de gente buscaba una salida. Unos se quitaban la camisa. Otros, desesperados golpeaban las puertas más cerradas que las del arca de Noé y era imposible abrirlas. Todos los intentos habían fracasado.

La madre acurrucó al pecho a su niña y les acariciaba la coronilla intentando tranquilizarla. Otra señora sollozaba a mi lado; ella, aferrada a su

crucifijo, balbuceó el presentimiento de ya nunca mirar a su familia. Yo también temía lo mismo. El terror a morir deshidratados era latente, me temblaban las canillas. «Ten fe», le dije. Entonces saqué de la bolsa de mi camisa el Nuevo Testamento, y arrodillándome junté mis manos en señal de reverencia, dejando al librito en medio, cerré mis párpados. Oré hasta agotar las súplicas y plegarias; al concluir, recordé la plática con mi pastor:

—Anoche tuve una revelación en un sueño —me confesó él después del culto—; nuestro Dios te ha llamado a predicar en la aldea, los habitantes están necesitados de su Palabra.

—Es imposible aceptar esa responsabilidad —le refuté—; viajaré pronto a los “iunais” en busca de un futuro mejor.

—Sé obediente —me aseveró—; sabes lo que le pasó a Jonás por rebelde.

—No me subiré a ningún barco; las ballenas viven en el mar y yo no me acercaré por nada del mundo al agua —le contesté en tono de reto.

—No juegues con las cosas de nuestro Dios.

—Quizá Dios no existe...

—Blas, no blasfemes. Espero que te arrepientas...

Aceptar la evangelización sería renunciar a cumplir mis sueños. Me cegó la ambición. Después de trabajar toda mi vida de sol a sol en la agricultura, me invadió la tristeza de morir siendo pobre sin darles mejores oportunidades a mis

hijos. «Viajar al Norte es la única solución», concluí. Mi primo en cinco años de ganar dólares alcanzó su meta: con el dinero ahorrado, costó la construcción de la casa de sus sueños y compró algunos terrenos. Y yo por más duro que trabajaba, nunca pude prosperar económicamente. Entonces, tomé la determinación de emigrar. Aunque, fue difícil decidirlo. Sin dinero y posibilidades de solicitar un préstamo, la única opción fue la de hipotecar una herencia paterna y con el dinero que me dieron por ello, le pagué el costo del viaje a don Nicho, el coyote del pueblo. Mi madre al enterarse del difícil viaje me rogó desistir de realizarlo, sin embargo, ya lo había decidido y no daría marcha atrás por nada, ni nadie. Sin otra alternativa, ella selló su bendición con besos en mi frente.

Yo oraba, y escuché que Wences pedía agua para una patojita. Indagué con la mirada entre la multitud y, aunque había poca iluminación, me percaté que una joven cerca de mí, tomaba agua a escondidas. Yo le supliqué les diera un poco a la nena y ella insensible, velozmente, escondió el envase en su mochila. Indiferente a mis palabras y a los lamentos de los chiquillos, fingió dormirse. Le supliqué a Dios para ablandarle el corazón. Confiaba que la joven compartiría su agua con la moribunda por causa de la deshidratación, así salvarla de una muerte cruel. La impotencia me pellizcó el alma. La niña era casi de la misma edad de uno de mis hijos al juzgar por su fisonomía; lloré sin derramar lágrimas. Despedirme de mi familia había sido muy doloroso. Demasiado triste:

—No te vayás, papá — me rogó mi hijo mayor—, nos harás mucha falta.

—Será nada más por unos años.

—¿Y si morís en el desierto?

—No digas eso. Pensá positivo. No cruzaré por allá.

—¿Y si ya no regresás a casa?

—Volveré pronto. Lo hago por el futuro de ustedes.

—Y si nos olvidás, ¿qué haremos?

—¡Eso nunca, m'ijo; los amo!

Mi esposa se unió a la triste despedida. Tuve momentos de arrepentimiento, melancolía y miedo. Debí convencerlos que era para darles una mejor calidad de vida. Les aseguré que la ausencia sería un esfuerzo positivo. Ninguno de mis argumentos tranquilizó el llanto. Mi plan era trabajar por el máximo de tres años en el Norte. Me aferré al deseo de progresar y reafirmé mi decisión porque —pensé—, esa era la primera y única oportunidad de emigrar en mi vida.

—Cariño, cuidá a nuestros hijos. Quiero ir a trabajar; anhelo construirles un futuro próspero.

—Por el amor a Dios, Blas, ¡recapacitá, hombre! Somos felices así. No sé por qué...

—¡Animáme, vos; lo necesito en este momento! Por fa...

Mi amada esposa me apoyó renegando una y mil veces. Aunque rogó que me quedara a su lado, ignoré sus lágrimas. Me despedí de ella con un beso largo, abracé fuerte a mis hijos y, cerrando los párpados, respiré hondo, profundo. Tomé la maleta llena de ropa y sueños y, sin mirar atrás como lo hizo Lot y sus hijas al huir de Sodoma, emprendí el largo viaje: dejé mi casa repleta de llanto. El horizonte agrandó mi sombra y tristeza. Me fui lentamente, alargando el dolor y la despedida.

«Perdóname, Padre Santo; desobedecí el mandato», supliqué, arrepentido.

Sollozaba. Cautivo dentro de la ballena metálica, decidí implorarle a nuestro Dios para recibir su perdón. Aunque, comprendí que estaba en ese lugar y bajo esas circunstancias más por un propósito que por mi desobediencia. No lo niego, me atormentaba un pánico horrible. Pude comprender y experimentar en carne propia la desesperación vivida por Jonás dentro del gran pez. Interrumpía la oración y abría mis párpados cada vez que las bombillas se encendían. Jadeos emotivos se escuchaban por doquier. Wences intentaba resucitar a un señor y a gritos, pidió ayuda. Nadie, ninguno acudió a socorrerlo. Yo intenté ayudarlo, no obstante, mis nervios áridos me lo impidieron; me quedé inmóvil en la esquina por los calambres en mis piernas. Los músculos parecían yucas. Mi boca seca y pegajosa deseaba un poco de agua. Traté de arrastrarme, sin soltar el Nuevo Testamento, hasta donde Wences le daba respiración artificial al señor, mas fue imposible moverme. Mi piel se calentaba y el corazón me latía fuerte y rápido. Sin intentar hacer algo más, decidí seguir orando.

Wences desistió en el auxilio del hombre, quizá porque ya había muerto o nada podía hacerse por él. Luego, me percaté que Wences buscaba algo con vehemencia: se arrastraba y esculcaba por todos lados como si hubiese perdido un objeto valioso. ¿Qué buscaba? A él le era indiferente la barahúnda y conmoción del interior. Por su afán, yo podía suponer que era algo importante; debía ayudarlo. Entonces, de golpe me dieron tremendas ganas de llorar. «Dios aprieta, mas no ahorca», recordé. Y por fe, creía en su Palabra.

«¡Padre, ilumínale la mente al piloto! ¡Háblale al oído para detener la marcha del camión! ¡Dios mío, líbranos de este calvario! ¡Perdona mi desobediencia! ¡Te lo pido en el bendito nombre de tu hijo Jesucristo! ¡Para ti nada es imposible!», imploré con lágrimas en los ojos.

El chófer no escuchó las patadas y puñetazos que la gente, frenética, habían dado contra las paredes y puertas, menos oiría el clamor. Algunos se lamentaban por haber desaprovechado los minutos cuando el camión se había detenido. Cómo íbamos a predecir la falla del aire acondicionado. Si detuviese su marcha otra vez, indudablemente, pediríamos auxilio. En nada ayudaba lamentarse en esta agonía. La única solución era orar y resistir hasta llegar al destino o ser liberados, aunque temía un desenlace fatal. El sueño de un mejor futuro para mi familia y el anhelo de construir una casa, se esfumaron de mi mente. Ya solo quería salir vivo de este encierro y regresar a mi patria. Por ambición, rechacé un llamado divino. Intenté sentarme, quería calmar los calambres y mis piernas se fruncían más. ¡Qué dolor insoportable! La deshidratación estaba matándome.

Súbitamente, Wences rompió el silencio, nos preguntó si alguien había visto la varilla de hierro que buscaba afanoso. Nadie respondió, ni le ayudó a buscarla. Yo no recordaba haberla visto por ahí. La gente pedía auxilio y se quejaba de la falta de aire, él continuó buscándola entre la aglomeración. Las trompetas del camión sonaron fuerte, semejantes a las del Apocalipsis...

Intenté otra vez ponerme de pie para ayudarlo, fue imposible hacerlo; mi cuerpo quedó paralizado y la cabeza me dolía gradualmente. «Debemos encontrarla», reflexioné en ese instante.

Yo repetía fervientemente el primer versículo del Salmo 23.

Acalambrado, reflexioné sobre el consejo que me dio mi primo cuando decidí viajar: «Jamás cruces por el desierto, por el amor a Dios; pasar escondido en un furgón es lo más seguro». No debí creerle. Después de orientarme y prometer recibirme en su apartamento cuando estuviese en suelo gringo, colgó la llamada telefónica aludiendo estar ocupado. Me sugirió que le llamara desde la frontera. Desde allí, lo hice en varias ocasiones, él nunca contestó, se hizo el loco. Ilusionado, decidí seguir el camino y tomar su consejo.

Wences empapado de sudor se arrastraba por el piso. «Dios de los cielos y de la tierra, guíalo para que encuentre el hierro», pedí en mi oración. Él siguió esculcando palmo a palmo sin desistir. Algunas personas se unieron a la búsqueda. Lamenté mucho no ayudarlo. Minutos después, Wences encontró la varilla de hierro; fue emotivo el momento. «¡Gracias Dios mío!», exclamé, uniendo las palmas a la altura del pecho. Los demás hacían lo suyo: unos auxiliaban a los

desmayados, y otros, desesperados, se desvestían. El desorden imperaba en esa especie de estómago.

La madre de la niña, oraba. Escucharla reforzó mi fe. Conozco la historia de Jonás y presentía que seríamos liberados por la gracia de Nuestro Dios. Debo pactar —reflexioné— para salvarnos y dar testimonio de honra y gloria de nuestro Señor. Wences imploró por agua con desgarradora voz, necesitaba el vital líquido, exigía hidratar a la niña que, a punto de desmayarse, se aferraban a la madre que intentaba reanimarla. El llanto materno fue conmovedor. Giré a mi contorno y la joven que había escondido su agua, milagrosamente, se levantó apoyando una mano al piso, y con la otra, sujetando un envase; precavida, se dirigió a donde se acurrucaba Wences. De pronto, una pelea formó un desorden; por la multitud no pude ver qué pasaba.

Mi tristeza al mezclarse con el miedo formó un sentimiento terrorífico. Deduje que podríamos morir asfixiados o deshidratados. Y si sobrevivíamos, las posibilidades de seguir el camino para alcanzar el «sueño americano» eran nulas. Regresar deportado a mi país era lo más probable.

Dios mío, si nos liberas de este infierno —pacté— prometo cumplir tu voluntad. Aunque me atormentaba cómo solucionar el problema del pago de la hipoteca, volver al lado de mi familia era la prioridad. ¿Por qué desobedecí a Dios? ¿Por qué no escuché a mi pastor? ¿Por qué ignoré a mi esposa e hijos? Ellos tenían razón, yo fui el insensato. Wences golpeaba la pared con el hierro, los golpes desconcentraron mis tormentos. Él trataba de abrir un agujero. De nuevo, intenté ayudarle. Y otra vez, no pude moverme. Una debilidad profunda me

forzaba a cerrar los párpados. Me derrumbé sin amortiguar la caída. Convencido que, a través de la oración, nuestro Dios le daría fuerzas a Wences para romper un orificio, imploré como jamás lo había hecho. En mi memoria la imagen del rostro de mis hijos se desvanecía. Luché por mantenerme consciente; soltaba el librito. Lo sujeté fuerte.

Grité el cuarto versículo del Salmo 23.

—No te duermas, por favor; abre los párpados —me imploraba alguien que trataba de sentarme.

—No puedo, ya no aguanto más —le contesté adolorido.

—Entonces, sigue orando.

Algunos kilómetros adelante, me mantuve despierto haciendo tremendo esfuerzo. Entre el gentío, miré que un joven desnudo corría y gritaba chocando contra los que impedían su paso, nadie lo detenía. A pesar de que se estrellaba contra las paredes, ninguno trataba de calmarlo. Él, preso de la locura y desesperación, jadeaba y tratando de arrancarse los cabellos, se lanzaba contra el piso. El calor inclemente, ese boxeador le propinaba una tremenda golpiza. La luz intermitente me dejaba ver por partes...

«Dios escucha el clamor de tus hijos; haz que el piloto detenga el camión», yo le clamaba y Wences gritó: «Jehová dame la fuerza para romper el metal, quiero besar otra vez a mis hijos». Inconscientemente lo remedé en voz baja. La súplica se extendió entre la multitud: unos oraban o rezaban, y otros, gemían o lloraban; las luces de manera inexplicable ya no se apagaron.

«Y la embarazada, ¿dónde estará?», me pregunté. Como pude me arrastré en su búsqueda, mis piernas no obedecían las órdenes de caminar. Mis brazos sí habían recobrado fuerzas. Me preocupaba ella y su nonato. Algunos cadáveres obstaculizaban mi paso, logré pasar encima de uno, sin soltar el Nuevo Testamento. Seguí unos metros más sin encontrar a la muchacha preñada. La agonía aterradora; junto a mí, el joven desnudo cayó muerto de un knock-out propinado por el calor: alcancé a cerrarle los párpados. Me detuve, ya no pude avanzar más. «Siempre confía en nuestro Dios. Para Él nada es imposible. La fe mueve montañas...». Escuché que mi difunta abuela me lo decía al oído. Ella me inculcó los valores y la doctrina cristiana desde niño. Yo le acompañaba a la iglesia todos los sábados. Y, alrededor de dieciséis años por libre albedrío, decidí aceptar al Señor Jesucristo como mi Salvador y fui bautizado. Fui obediente a su Palabra hasta que la idea de emigrar invadiera mi cerebro.

Ignoro cuánto tiempo trascurrió escuchando esas voces, Wences logró su meta: del orificio que hizo en la pared, el aire brotó como el agua de la roca después que Moisés, por orden del Señor, la hiriera con su vara, en el monte Sinaí. Mi esperanza de sobrevivir volvió a su rama. Varios pelearon entre sí para encontrar alivio de esa fuente de oxígeno. Paulatinamente, pude respirar el aire que al calor del interior sofocaba. Ya sin fuerzas para hablar, pensé el último versículo del Salmo 23.

Sin perder la esperanza, varios compañeros aglutinados al fondo del furgón, golpeaban las paredes y gritaban, esperanzados que el piloto detuviese la marcha. Todo indicaba que aquella prisión rodante nunca se detendría. Pasaron

minutos que duraron horas hasta que el camión giró bruscamente. La inercia nos lanzó a los lados. Los gritos eran aterradores. En ese instante, no pude cubrirme el rostro con las manos. No me protegí del impacto: topé contra manos, pies, cabezas, brazos, piernas, culos... Cuerpos vivos o muertos chocábamos entre sí. Culos, piernas, brazos, cabezas, pies, manos... Sujeté fuerte la «Palabra de Dios». Aunque el camión disminuyó su velocidad, frenó abrupto. «Gracias Dios por tu misericordia», balbuceé, jadeando.

«Honra a tu nombre, Cristo Rey, amoroso Padre; Creador del universo, la gloria sea para Ti...», gritaba Wences.

Sin dejar de pensar en mi familia, la embarazada, la mujer con su hija y Wences; de bruces contra el piso me aferraba al «librito azul». Dirigí mi vista al orificio en la pared; esto hizo imaginarme que la ballena metálica respiraba por su espiráculo. Y convencido que el final se acercaba, seguí orando; esperaba el momento milagroso en que el gran pez abriera su boca para vomitarnos...

III

El clamor de los inmigrantes atrapados dentro del remolque, era una avispa que se metía por mis oídos, clavando su aguijón en mi alma.

«¡Auxilio, por favor ayúdenos! ¡Ya no puedo respirar! ¡Mis hijos están muriéndose! ¿Alguien nos escucha? ¡Abran las puertas por el amor a Dios! ¡Agua, quiero un poco de agua! ¡Dense prisa por favor, se los suplico! ¡Sáquenlos de aquí! ¡Ya no aguanto! ¡Socorro, socorro!».

Uno de mis mayores temores era encontrar muertos adentro; sufrí un terrible ataque de pánico. No sabía qué hacer o decir: si llamaba a la policía y bomberos, estaría firmando mi sentencia de muerte por parte de los traficantes o del sistema judicial. Los lamentos cada segundo se tornaban más conmovedores. Ellos, queriendo escaparse de allí, golpeaban frenéticos puertas y paredes, y yo seguía paralizada. Debía abrirle las puertas, sin las llaves fue imposible. Mil imágenes desordenadas giraban en mi mente. No podía creer lo que me pasaba. «¿Será una pesadilla?», me pregunté una y otra vez. Los oídos se me taparon y a lo lejos escuchaba mil gritos. Horas antes, yo había hecho el cambio de piloto en una gasolinera con el señor Smith, el colega que me empleaba para viajes de corta distancia:

—«Ruda», ¿estás preparada para seguir esta misión? —me preguntó.

—Sí. Pero, sabes cuánto me enfado, no me gusta mi apodo —le contesté.

—Cálmate, Rudy, solamente bromeaba.

—Date prisa, no quiero desvelarme.

—¡Buen viaje! —me dijo y acariciándose la patilla, continuó—; hay que llevar el remolque a San Antonio...

Subí a la cabina, cerré la puerta con fuerza, encendí el radio, sintonicé una emisora de música, le subí el volumen, traté de calmar mi frustración y, continúe la marcha, molesta conmigo misma y, de alguna manera, también con mis padres. Cómo diablos se les ocurrió ponerme un nombre masculino, cómo. A quién se le ocurriría la absurda idea de ponerle a una mujer, el nombre Rudy; quizá Rubí. Me he negado a aceptar que fue la voluntad de ellos. Me inclino más a pensar que fue un error de imprenta. El apodo me lo había ganado según algunos colegas por mi rudo temperamento. Y en parte, ellos tenían razón, porque no le permitía a nadie que me hiciera bulling y lejos de presumir mi femineidad, la escondía para librarme de la discriminación en este trabajo del transporte pesado que antaño era considerado solo para hombres.

Algunos kilómetros después del cambio, yo agarraba el volante con una mano, con la otra presioné el botón para bajar el vidrio de la ventana: el aire caliente entró a la cabina. En un juego de manos, sustraje un cigarro de la bolsa de mi camisa, lo encendí, fumé un poco y lo saqué por la ventana para botar sus cenizas. Mi boca parecía el cráter de un volcán activo. El aire me lanzaba sus latigazos calientes y avivaba el fuego del cigarro. Encendí la luz de la cabina y busqué el termómetro digital en el tablero, marcaba 101 grados Fahrenheit. ¡Ufffl!,

«tanto calor, afuera parece un horno». Calmé la ansiedad del vicio, tiré la colilla; acto seguido, subí el cristal y gradué el aire acondicionado para extinguir el calor de la cabina.

Me encantaba mi trabajo. Manejar era una catarsis para sacar los malos pensamientos. Esa noche, por la autopista iba rebasando. A estas altas horas me gustaba manejar por el poco tráfico. Sin sospechar lo que trasportaba en el remolque, un pickup rebasó al camión. En su parte trasera, viajaban varios inmigrantes escondidos. Ellos descubrieron sus rostros, quizá por curiosidad; sus ojos reflejaban la luz de los faroles y el miedo a ser descubiertos. Aceleré y bociné un par de veces, quise intimidarlos. Ellos muy asustados se acurrucaron más. El conductor del pickup aceleró y siguió su trayecto dejándome atrás. Hecha esa maléfica acción, recapacité al mirar la imagen de la Virgen de Guadalupe colgada del parasol. Perdóname por haberme alejado de la palabra de Dios —le imploré—; sé que debo regresar al camino del bien. Nunca debí alejarme de la iglesia, lamento haber caído en el error de juzgar las malas acciones del prójimo y tomarlas de pretextos, nada justificaba mi desobediencia y mal proceder. ¿Será tarde arrepentirme a mis cincuenta años? ¿Todavía podría retomar la senda angosta?

Mi corazón duro se ablandaba. Recordé las enseñanzas cristianas recibidas en mi niñez y juventud y los valores inculcados por mis abuelos y padres. Cambié de emisora en busca de una que estuviera transmitiendo un programa cristiano. Encontré una y decidí escucharlo. El mensaje del predicador se refería al análisis de las acciones que estuviésemos realizando mal y encontrar la manera

de rectificar los errores a través de la absolución por parte de Dios si realmente se está arrepentido. Y seguí manejando.

«¡Qué oportuno para mi situación!», exclamé, y agarré más fuerte el volante. «Examina el interior de tu corazón», en mi mente se repetía esta frase que escuché en la predica. Tantas veces rechacé la invitación a escuchar la misa dominical y, ahora, un mensaje radial me había impactado. «Examina el interior de tu corazón», otra vez escuché ese eco. Intenté no pensar en ello. Cambié de estación a una emisora de música. «Examina el interior de tu...», me esforcé para olvidarla y la frase seguía brincando, era un saltamontes en mis pensamientos. «Examina el interior...», la escuchaba una y otra vez. Traté de distraerme con las canciones. Quise olvidar el asunto. «El interior... el interior... el interior...», se repetía dentro de mi cabeza. «Examina el interior... El interior... Examina...», el presentimiento penetró mi tranquilidad. Le bajé el volumen al radio: fuerte golpes provenientes de la parte trasera; yo no podía asegurar si del remolque o era mi imaginación. «¿Será que ya estoy volviéndome loca?», me cuestioné sin dejar de ver por el retrovisor. Mis recuerdos giraban desordenados, y pude distinguir, uno especialmente, el de un periódico que había leído hace varios años, en su portada se podía leer: “18 inmigrantes mueren encerrados en un remolque abandonado en Victoria, Texas”. Se enfrió mi sangre, temblé, casi solté el volante. A lo lejos, vislumbré el parking lot iluminado de un centro comercial y decidí allí, aparcar. Giré bruscamente a la derecha, bajé de la autopista por la salida 35 y dirigí el camión al estacionamiento lo más rápido posible... Frené y lo estacioné y,

quitándome el cinturón de seguridad, busqué una lámpara, jalé la manija de la puerta y me apeé. Corrí hacia atrás del remolque.

Gradualmente, mis oídos se destaparon y volví a escuchar los aterradores gritos en su real intensidad. Comprendiendo que no era una pesadilla, reaccioné llevándome una mano a la cabeza y, segundos después, traté de arrancarme el cabello; mi rostro palideció de golpe. Alumbraba con la linterna los candados, quise regresar el tiempo: de haberlo sabido, jamás hubiese aceptado transportar esta carga, aunque sospeché que se trataba de algo ilícito, no imaginé que era de tráfico humano. Accedí porque el trabajo me pareció fácil y bien pagado: la misión era llevar el camión hasta San Antonio para entregar el remolque vacío que, supuestamente, ya había sido comprado por un gringo. No revisé si realmente me lo entregaron desocupado. Fui demasiado ingenua y confiada.

«Aguanten, los sacaré de allí», se me ocurrió decirles. Regresé a la cabina en busca de las llaves. Al tratar de hallarlas dentro del camarote, presentí que no podría eludir la justicia. Esculqué todo, no las encontré por ningún lado. Aunque me invadió el deseo de escapar de allí, me detuve al pensar la magnitud del delito; no quería ser prófuga por el resto de mi vida. Podría evadir la justicia terrenal, pero nunca, nunca la divina. Decidí avisarle por teléfono a mi colega el señor Smith, mi único contacto para este viaje, con el que había hecho el cambio de pilotos.

—Hey, bro... ¿Por qué me engañaste? —le dije sin saludar.

— ¿Qué pasó, perdiste la carga? —me preguntó exaltado.

—La gente está muriéndose dentro del remolque —le contesté, respirando intensa.

— ¿Eso por qué?

—Parece que falló el aire acondicionado.

—No te preocupes, «la flota» va en camino. En unos minutos estarán allí, ¿dame las coordenadas?

—Deja mirar en el GPS.

— ¡Date prisa!

—Carretera interestatal 8538, camino de acceso 35. ¿Por qué no me dijiste que se trataba de tráfico...?

—Espera allí. No tengo que darte explicaciones. Es mejor no saber más...

—cambió el tono de su voz y puntualizó al interrumpirme—: ¡mierda!, no llames a la policía o lo pagarás con tu vida.

La última frase me paralizó. Luego, volví atrás. Los gritos aterradores de la gente me conmovían. No les dije nada. Regresé a revisar las conexiones eléctricas entre el camión y el remolque: desconecté y conecté por si se trataba de un falso contacto. Nada. Regresé a la cabina y desde allí, manipulé el botón interruptor del aire acondicionado para intentar encenderlo y así calmarles el infierno hasta que llegasen con las llaves. Los resultados fueron negativos. Me

dirigí hacia atrás, otra vez, a esperar la llegada de los polleros para que abriesen las puertas y sacarlos.

Los gritos eran indescriptibles. Los minutos de espera eran eternos. Patinando sus llantas llegaron varios vehículos todoterreno. Un hombre se apeó de la cabina de una de estas, otros esperaban adentro empuñando radios transmisores, y de inmediato quitó llave a los candados, liberó los sujetadores y giró la palanca para destrabar los ganchos de cierre. Otros dos hombres, le ayudaron a abrir las puertas que fáciles se abrieron, porque los cautivos las empujaban con todas sus fuerzas. Unos salieron arrastrándose del interior; otros, saltaron del remolque y se acostaron sobre el pavimento o corrieron perdiéndose en la oscuridad. Varios de ellos se montaron a los vehículos que esperaban encendidos. Especialmente me fije en una señora y una niña que lloraba. «¡Apúrense, vámonos! ¿Qué esperan? La policía ya viene, ¡vámonos!», gritaba uno de los traficantes que nos llamaba haciendo señas con una linterna. Otro de ellos me preguntó: «¿Te vas o te quedas?». Lo ignoré, y no me arrepiento. Ya lo había decidido, este era el final de una vida desordenada y la oportunidad de rectificar mis malas decisiones. Ellos sin esperar a nadie más, escaparon de allí.

Decidida a remediar algo de esta tragedia, ingresé al furgón a sacar a los sobrevivientes que aún pedían auxilio adentro. El calor me asfixiaba. Con la ayuda de otros, caminando saqué a un joven, empapado de sudor; sus mejillas parecían tomates maduros. Varios se acomodaron en el pavimento; no tenían fuerzas para continuar, se quejaban; sus emotivos lamentos eran inefables. «Ve al supermercado a pedir agua», le ordené a un chico. Caminé unos pasos hasta

hallar a un señor aferrado a una varilla metálica que arrastraba una atarraya de sangre. En la pared, llamó mi atención un agujero salpicado con gotas rojas. Me apresuré a socorrerlo, deduje que él era el autor del orificio, aún abría y cerraba sus párpados. Él susurraba frases incomprensibles. Por su espalda, lo tomé de los hombros y arrastré hacia afuera; otros señores sin camisa me ayudaron a bajarlo. Sin detenerme, él fue sin refutar. Como pude, subí y entré al container otra vez, la escena era trágica: una mujer embarazada era ayudada a descender por otra señora que llevaba un crucifijo, regresé a buscar más sobrevivientes entre esos cadáveres. Estupefacta, no podía creerlo. Varios cuerpos yacían sobre el piso. Empecé uno por uno a revisarles el pulso. Tristemente los cuerpos, semidesnudos y calientes como brasas, yacían sin signos vitales. Me aterró, especialmente, el cadáver desnudo de un joven con evidentes señales de sufrimiento.

—Gloria a Dios —balbuceó un hombre que se aferraba a un ejemplar del Nuevo Testamento.

— ¡Todavía está vivo! —exclamé.

—Aguante, señor —le dijo un joven.

Afuera del remolque: unos auxiliaban a los inconscientes, y otros, le daban de beber suero a los desganados. Había vuelto el muchacho con agua y sueros y dijo que el señor de la gasolinera ya había llamado a la policía. La embarazada se quejaba de algún dolor en su abdomen y pedía agua. La señora del crucifijo

rezaba. El señor aferrado a su Nuevo Testamento, balbuceaba alzando sus brazos al cielo. Y el hombre ensangrentado, solo se aferraba a la varilla metálica. Decenas de moribundos esperaban asistencia médica. Las sirenas de las patrullas y bomberos sonaban a lo lejos.

Temblorosa, fui a la cabina, entré en ésta, pensando en una solución. Intentando consolarme, tomé la imagen de la Virgen de Guadalupe y, oprimiéndola contra mi pecho, sollocé, inconsolable. Resignada a pagar las consecuencias de mis malas decisiones, sequé mis lágrimas con un pañuelo...

Seudónimo: Norma Garenic del Duopio